



Guía de lectura



Una guía de Carlos Granés

Penguin **Club de lectura**

LAS CLAVES DE LA OBRA

Una noche, oyendo tocar a un guitarrista de música criolla, un tal Lalo Molino, Toño Azpilcueta tuvo una revelación trascendental. Cuando le dijeron que no podía perderse ese concierto, sintió extrañeza. Él había consagrado su vida a estudiar los ritmos peruanos y a escribir reseñas de discos, conciertos y músicos en las revistas efímeras de folclor nacional, y nunca había oído hablar de ese guitarrista chiclayano. Picado por la curiosidad, asistió a la peña de Bajo el Puente, un barrio criollo en el centro de Lima, donde se presentaba, sin imaginar que se encontraría con un talento sobrenatural, el mejor guitarrista peruano de todos los tiempos y quizá del mundo. Oyéndolo tocar, además, su

amor por la música peruana —los valses, los huianos, las marineras— encontró una justificación intelectual. Mientras otras actividades —pensó Toño, en éxtasis—, como la política, separaban al ser humano, esos ritmos hacían vibrar conjuntamente los espíritus, debilitaba las barreras sociales y raciales, y finalmente permitía el encuentro de gente muy diversa que se identificaba con una misma sensibilidad nacional. A comienzos de los años noventa, en un período de enorme violencia desencadenada por el fanatismo terrorista de Sendero Luminoso, Toño Azpilcueta se daba cuenta de que la música criolla podía ser un antídoto y un alivio para todos los males del Perú.

Su convencimiento se convirtió en una misión. Al enterarse de que ese prodigio de la guitarra había muerto prematuramente y en la miseria, sin haber dado lo mejor de sí, se propuso rastrear sus pasos y escribir un libro que sería, al mismo tiempo, un homenaje, una exaltación de la música criolla y algo aún más ambicioso e importante: una investigación histórica, sociológica y cultural de la identidad peruana; un libro que exploraría cada uno de los rincones del alma nacional para probar su tesis y ponerla en práctica. La música criolla sería el aglutinante necesario para provocar una revolución social, fraterna y amorosa en el Perú de sus amores.

Aquella empresa descomunal absorbe su tiempo y lo obsesiona, hasta que poco a poco empieza a desquiciarlo. Su libro sale al mercado y es un éxito. A pesar de la indiferencia que recibe de lo que Toño llama «los intelectuales de la élite», su libro circula de mano en mano y se discute en los cafés de Lima. Pero esos comentarios, que finalmente llegan a sus oídos, lo desconciertan. No sabe si los lectores están tomando en serio sus

ideas. Duda. ¿Ha sido lo suficientemente claro o extenso en sus argumentos? Convencido de que puede responder a todos los cuestionamientos que se le hacen, cuando su editor le dice que saldrá una segunda edición aprovecha para insertar cambios y añadidos. Quiere escribir un libro total, perfecto, que hable de todos los temas relevantes para el Perú y los peruanos. Por eso también detiene la impresión del tercer tiraje. Cree que puede mejorarlo, completarlo, incluir temas que respondan a dudas maliciosas. Su descomunal ambición acaba siendo una forma de autosabotaje. Destruye su obra y se destruye a sí mismo. Su estado mental siempre había sido delicado, pues desde niño lo acechaban unas extrañas alucinaciones con ratas, pero ahora, presionado por las reacciones a su obra, su cordura resquebraja. En medio de su crisis final, mientras lo despedían de un trabajo universitario que había obtenido gracias a su libro, justifica sus desgracias como efecto de un complot urdido contra él por enemigos que no querían la unión y la paz del Perú.

TOÑO AZPILCUETA, ¿UN VISIONARIO?, ¿UN FANÁTICO?, ¿UN INGENUO?

El crítico musical que protagoniza esta novela es otro de los grandes personajes vargasllosianos. Se trata de un hombre tocado por la fe en una idea, que se niega a aceptar cualquier desmentido de la realidad. Toño Azpilcueta cree haber dado con la clave que solucionaría las iniquidades, las incomprensiones, el racismo y la violencia del Perú, y se obsesiona a tal punto con su idea que pasa por alto todos los elementos que podrían poner a prueba su teoría. Empezando por su propio matrimonio, que degenera cada día, y no sólo porque Matilde, su esposa, no compartiera su amor por la música, sino porque Toño estaba secretamente enamorado de Cecilia Barraza, la famosa cantante de ritmos peruanos que Vargas Llosa convierte en personaje de ficción en esta novela.

Toño está convencido de que el ejemplo de sus buenos amigos, Toni Lagarde y Lala Solórzano, puede expandirse al resto de la sociedad. Toni es un blanco que provenía de la élite limeña, y Lala una negra nacida en los callejones más pobres del centro de la ciudad. Se habían conocido en una de esas jaranas que atraían a los burgueses aventureros, y la música criolla había hecho el milagro. Todas las barreras raciales y sociales se habían resquebrajado, y ahora, nonagenarios, seguían siendo un ejemplo para todo el Perú. Así lo creía Toño. Les comentaba sus ideas a sus amigos, la forma en que interpretaba su historia, pero ni ellos mismos estaban muy seguros de que tuviera razón.

Aun así, Toño no se sentía aludido. Su personalidad lo hacía renuente al

conflicto y a la contradicción. No por casualidad su gran obsesión era la unión, la armonía, la fraternidad. Cuando algo contradecía sus intuiciones o sus deseos, lo asaltaban visiones pavorosas. Las veía, bizcas, gordas, con los dientes salidos, y después sentía el contacto de las patas frías y viscosas de decenas de ratas recorriendo su cuerpo, subiendo por sus pantorrillas, metiéndose en sus calzoncillos, husmeando por su espalda. Perdía los nervios y tenía que desnudarse y rascarse y sacudirse. Sabía que todo era producto de su imaginación, pero no podía controlarse.

Eso es lo que hace fascinante a Toño. Es un visionario que acrisola ideas redentoras, pero las consecuencias de su obstinación no las paga nadie, excepto él mismo. Ese fanatismo y ese entusiasmo, aunque lo alteran, lo mantienen vivo. Y su fe en la música, su certeza en la relevancia social y en el efecto bienhechor del criollismo, terminan teniendo consecuencias en la vida de otros personajes. Cecilia Barraza, que parecía algo cansada de las giras y de los problemas que le daba su banda de músicos, pospone su retiro porque Toño le contagia su fervor.

LA CULTURA POPULAR

Mario Vargas Llosa siempre ha estado atento a la cultura popular latinoamericana, y en una novela anterior, *La tía Julia y el escribidor*, ya había aprovechado una de sus expresiones más llamativas y truculentas, el culebrón radiofónico, para hacer gran literatura. En esta ocasión la materia prima es la música criolla peruana, un género sentimental y en ocasiones patriotero, que en efecto logró convertirse en la música nacional y colarse en los hogares de las distintas clases sociales.

Pero no es sólo el criollismo lo que interesa a Vargas Llosa, sino la huachafería, una expresión del gusto que nutre la vida peruana de arriba abajo. Aunque no tiene una traducción precisa al español de otros países, este término se asocia a la cursilería y se parece a la horterada española y a la pava venezolana, aunque con

matices. La huachafería no es una deformación del gusto, sino una implantación de nuevos modelos estéticos, netamente urbanos e interclasistas, que se caracterizan por el triunfo de la sentimentalidad sobre la razón. La huachafería es exceso de forma y grandilocuencia, gesticulación exagerada, formas protocolarias y sensibleras que caen en la afectación.

Hay huachafería indigenista e hispanista, burguesa y proletaria, literaria y académica. Es una forma de ser y de habitar el mundo que aparece en la vida peruana a todos los niveles, y una de sus máximas expresiones es la música criolla, siempre sentimental, siempre genial en su imágenes y asociaciones recargadas de pasión nacionalista, amorosa o fraterna. Para Toño, su orgulloso defensor, la huachafería es la mayor contribución del Perú a la cultural universal.

MARIO VARGAS LLOSA Y EL PERÚ

Habiendo creado una obra portentosa inspirada en la realidad peruana, esta es la primera vez que Vargas Llosa aprovecha uno de sus elementos culturales más distintivos, incluso más claramente asociados a su identidad nacional y a sus mitologías sentimentales, la música criolla, para sumergirse en la historia del país, en sus claves intelectuales y en sus procesos culturales. La estructura de la novela se presta para este juego. Los capítulos impares cuentan la historia de Toño, y los pares el libro que el protagonista va escribiendo a lo largo de la novela. Estos episodios, aunque son parte de la ficción

y están escritos en un tono que explica y ejemplifica la huachafería, también cuentan las hazañas de los músicos reales que crearon y difundieron la música criolla, desde Felipe Pinglo, uno de los pioneros y autor de clásicos del género, hasta Chabuca Granda, la cantante que internacionalizó el criollismo peruano. También son un pretexto para repasar los debates en torno al indigenismo y al mestizaje en el Perú, y para abrir una discusión sobre el destino de países que tienen una historia compleja y una configuración social tan rica y variada como la de este país andino.

PERSONAJES

TOÑO AZPILCUETA

Experto en música criolla y escritor de reseñas de discos y conciertos para revistas efímeras de folclor nacional, Toño Azpilcueta aspira a ser reconocido como un par por los intelectuales de la élite. Está convencido de tener la clave para solucionar todos los problemas del país, y para demostrarlo escribe un libro total, que lo explica todo, y que además responde a todas las críticas que le puedan formular. Ese esfuerzo obsesivo y delirante lo lleva, finalmente, a la locura. Toño tiene familia, pero está locamente enamorado de Cecilia Barraza, su amiga y confidente con quien se reúne en el café Bransa de la Plaza de Armas. A ella le confiesa su mayor tormento: padece de una fobia irracional a las ratas, y en ocasiones su miedo se convierte en alucinaciones tenebrosas.

LALO MOLFINO

Un prodigio de la guitarra que muere prematuramente, cuando apenas se hacía conocido. Tiene una historia trágica: sus padres lo abandonaron en un vertedero, de donde lo rescató un cura, el padre Molfino, que lo crio como un hijo. Huracán y solitario, posiblemente impotente e incapaz de trabajar en grupo, genera la quiebra allí por donde pasa. Su temperamento opaca su talento y su individualismo representa la antítesis de lo que pregona Toño. El crítico cree que la música puede unir, pero Lalo rompe todos los grupos en los que toca porque quiere todo el protagonismo para él. Su único amor real parece ser su guitarra, que también, como él mismo, proviene de un basural. Lalo la encontró entre los desperdicios y se dedicó en cuerpo y alma a repararla, primero, y luego a tocarla hasta alcanzar la excelencia. Nadie le enseñó, fue autodidacta.

CECILIA BARRAZA

No es un personaje ficticio, sino una cantante real y muy conocida en el Perú, que ayudó a popularizar la música criolla. Se dio a conocer en 1971 gracias a *Trampolín a la Fama*, un programa de televisión, y desde entonces participó en festivales y grabó discos que la convirtieron en una de las intérpretes más conocidas del

país. En la vida real se retiró en 2019. En la novela, que transcurre a comienzos de los noventa, está en plena forma y en activo. Tiene un grupo musical en el que tocó Lalo Molfino, y gracias al fervor que su amigo Toño demuestra por la música, consigue sobreponerse al cansancio y a los problemas para seguir cantando.

TONI LAGARDE Y LALA SOLÓRZANO

Son una pareja mayor que encarna la memoria viva de los años heroicos del criollismo, cuando la bohemia del centro de Lima atraía a los niños ricos en busca de aventura y jarana. Ejemplifican a la perfección las teorías de Toño. Toni es blanco y Lala negra, y por eso Toño insiste en que son un ejemplo para el Perú, que al igual que ellos debería vencer sus prejuicios raciales y sociales para unirse en un fértil mestizaje. Toni y Lala oyen con atención sus ideas, pero ellos mismos saben que el amor es impredecible y que nada, mucho menos la música, puede manipular en una dirección concreta ese mundo misterioso de los afectos.

CHINO COLLAU

Es el vecino y fiel amigo de Toño, y quien le presta el dinero para que viaje al norte en busca del rastro de Lalo Molfino y escriba su libro. Tiene una pulpería en Villa El Salvador y trabaja todo el día. Sólo tiene espacio para pensar en otras cosas cuando se reúne con Toño a oírlo hablar del talentoso guitarrista, de la huachafería y de la futura integración del Perú.

MATILDE

Esposa de Toño, distante y trabajadora, la más dura prueba de que algo en la teoría de Toño falla. Si la música no ha logrado unirlos a ellos, ¿cómo va a unir a un país entero? Matilde se gana la vida lavando ropa y ayuda económicamente a Toño para que pueda ir al Bransa a desayunar con Cecilia Barraza. Es la madre de dos hijas, que Toño lleva cada mañana al colegio.

EL DOCTOR QUISPE

Psiquiatra, amigo y pretendiente de Cecilia Barraza, que se interesa por el caso clínico de Toño. Considera que su gran problema, del que se deriva su búsqueda de armonía y unión, es que no tolera el conflicto y la contradicción. Cree que la respuesta psicológica de Toño a las situaciones en que la realidad no se ajusta a sus deseos, es ver ratas, un animal que contamina y corrompe.

EXTRACTOS

LALO MOLFINO

«No, no era simplemente la destreza con que los dedos del chiclayano sacaban notas que parecían nuevas. Era algo más. Era sabiduría, concentración, maestría extrema, milagro. Y no se trataba sólo del silencio profundo, sino de la reacción de la gente. El rostro de Toño estaba bañado por las lágrimas y su alma abierta y anhelante, deseosa de reunir en un gran abrazo a esos compatriotas, a los hermanos que habían atestiguado ese prodigio. No era el único conmovido. Varios otros sacaban sus pañuelos, entre ellos el doctor Durand Flores. Quiso acercársele y abrazarlo como a un amigo del alma, “¡mi congéner!””, alcanzó a susurrar, un hermano por cuyas venas corría la misma sangre. La música había imantado las almas de todos los presentes al punto de que cualquier diferencia social, racial, intelectual o política pasaba a un segundo

plano. El patio de esa casona estaba electrizado por una ola de compañerismo, reinaba la benevolencia, el amor. No era sólo él, estaba seguro. Cuando Lalo Molfino se levantó de su silla, muy derecho, flaquísimo, prendido de la guitarra, a escuchar indiferente la ovación que le dedicaba el público, creyó ver en las sonrisas de la gente, en sus pupilas chispeantes, en las mejillas enrojecidas, síntomas evidentes de amor fraterno, de amor de patria.»

MATILDE

«Desde que llegaron a la zona, Matilde se había ganado la vida como lavandera y zurcidora de camisas, pantalones, vestidos y toda clase de ropas, un oficio que le reportaba los centavitos que les permitían comer. La unión con Toño, mal que bien, funcionaba, si no para tener una

vida intensa, al menos sí para subsistir. Habían tenido sus momentos buenos, sobre todo al inicio, cuando Toño creyó que podría compartir con ella su pasión por la música. La había enamorado enviándole acrósticos en los que plagiaba los versos más ardientes de sus valsecitos favoritos, y llegó a creer que esas palabras que brotaban de lo más profundo de la sensibilidad popular habían doblegado su corazón. Muy pronto, sin embargo, se dio cuenta de que ella no vibraba como él con los acordes de las guitarras, ni se le entrecortaba el aliento cuando Felipe Pinglo Alva cantaba con su voz de terciopelo esas estrofas que hablaban de amargos sufrimientos debidos a amores mal recompensados. Convencido de que ella, en lugar de vibrar con la música y fantasear con vidas mejores y más fraternas, se aburría, dejó de llevarla a las peñas y tertulias, y con los años empezó a hacer su vida solo, sin contarle siquiera qué hacía ni a dónde iba los fines de semana. Eran unas salidas generalmente castas, donde se dedicaba sólo a conversar, a oír música criolla, a descubrir nuevas voces y nuevos guitarristas —todo lo anotaba con detalle en sus libretas—, y a seguir admirando a los bailarines y sus figuras alocadas. Ya no tomaba como antaño, sobre todo ahora que había cumplido cincuenta años y el alcohol le destrozaba el estómago.»

TOÑO AZPILCUETA

«Quería que su libro estuviera edificado sobre una investigación rigurosa,

donde sólo figuraran cosas ciertas y comprobadas por él. Un libro sobre la huachafería, sobre el vals criollo y sobre esa figura desconocida que había decidido por sí mismo armar y tocar esa guitarra, ese gran instrumento del valsecito que había venido a personificar la música peruana. Un libro en el que explicaría que el vals peruano no había existido durante los tres siglos coloniales, una época en la que los peruanos blancos y de buena sociedad tenían su propia música, importada de España, y los peruanos humildes, empezando por los esclavos, tenían también su propia música y sus propios bailes, de origen africano, muy distintos de la de los blancos. En realidad, la fusión musical de esos mundos apartados sólo se había producido en el siglo XIX, muchos años después de la independencia, cuando surgieron los valsecitos que integraron al Perú. ¿Qué había pasado en la última década para que el Perú hubiera entrado en esa guerra fratricida que cada día dejaba un montón de muertos? ¿Por qué Sendero Luminoso se tomaba los pueblitos perdidos en las montañas o hacía estallar bombas en las ciudades de la sierra, o incluso en Lima, si todas sus víctimas eran peruanas? ¿En qué momento el país se había fracturado y roto por completo, separando a la sierra de la costa y a un hermano de otro hermano? ¿No se necesitaba ahora, más que nunca, un libro que uniera de nuevo al Perú? ¿Sería capaz de escribir ese libro sobre el alma peruana en la que cada uno de sus compatriotas pudiera reconocerse y recordar qué era lo que los unía?»

HUACHAFERÍA

«En verdad, es algo más sutil y complejo, una de las contribuciones del Perú a la experiencia universal; quien la desdeña o malentiende, queda confundido respecto a lo que es este país, a la psicología y cultura de un sector importante y acaso mayoritario de los peruanos. Porque la huachafería es una visión del mundo a la vez que una estética, una manera de sentir, pensar, gozar, expresarse y juzgar a los demás.

La cursilería es la distorsión del gusto. Una persona es cursi cuando imita algo —el refinamiento, la elegancia— que no logra alcanzar y, en su empeño, rebaja y caricaturiza los modelos estéticos. La huachafería no pervierte ningún modelo, porque es un modelo en sí misma; no desnaturaliza los patrones estéticos sino, más bien, los implanta y es, no la réplica ridícula de la elegancia y el refinamiento, sino una forma propia y distinta, peruana, de ser refinado y elegante.

En vez de intentar una definición de la huachafería —cota de malla conceptual que, inevitablemente, dejaría escapar por sus rendijas innumerables ingredientes de ese ser diseminado y protoplasmático— vale la pena mostrar con algunos ejemplos lo vasta y escurridiza que es, la multitud de campos en que se manifiesta y a los que marca y da un nombre.

Hay una huachafería aristocrática y otra proletaria, pero es probablemente en la clase media donde ella reina y truena. A condición de no salir de la ciudad, está por todas partes. En el campo, en cambio, es inexistente. Un campesino no es jamás huachafo, a no ser que haya teni-

do una prolongada experiencia ciudadina. Además de urbana, es anti racionalista y sentimental. La comunicación huachafo entre el hombre y el mundo pasa por las emociones y los sentidos antes que por la razón; las ideas son para ella decorativas y prescindibles, un estorbo a la libre efusión de sentimientos. El vals criollo es la expresión por excelencia de la huachafería en el ámbito musical, a tal extremo que se puede establecer una ley sin excepciones: para ser bueno, un vals criollo debe ser huachafo. Todos nuestros compositores (de Felipe Pinglo Alva a Chabuca Granda) lo intuyeron así y, en las letras de sus canciones, a menudo esotéricas desde el punto de vista intelectual, desarrollaron imágenes de inflamado color, sentimentalismo iridiscente, malicia erótica y otros formidables excesos retóricos que contrastaban casi siempre con la indigencia de ideas.

La huachafería puede ser genial, pero es rara vez inteligente; ella es intuitiva, verbosa, formalista, melódica, imaginativa, y, por encima de todo, sensibilera.»

EL CHINO COLLAU

«—Vengo a hacer una buena acción contigo —le dijo el Chino Collau. Toño hubiera dicho que era de su misma edad, pero los chinos tenían todos aquella edad indefinible, de jóvenes o viejos, y Collau no era una excepción a la regla.

—Anoche estuvo bonita la conversa ¿no? —recordó Toño Azpilcueta. Había estado desatado, hablando hasta por los codos de Lalo Molfino y la huachafe-

ría—. Hasta creo que me excedí y hablé de los incas y del Tahuantinsuyo. ¿No es cierto, compadre?

—Mucho, hablaste como un loro —asintió Collau, con un hilito de voz—. Tanto que me quedé un buen rato sin dormir, pensando en la historia de ese guitarrista chiclayano. Nos dejaste conmovidos, compadre. Qué aventura triste la de ese muchacho. Sobre todo si estaba enamorado de Cecilia Barraza. Y qué bonito eso que le dijo al despedirse: “Le dedico mi silencio”.

—Es que cuando hablo de Lalo Molfino me emocio mucho y hasta se me saltan las lágrimas, compadre —repuso Toño, dándole al chino Collau un nuevo palmazo en la espalda—. ¿Y cuál es esa buena acción, se puede saber?

Él y el chino Collau eran amigos desde que ambos habían construido sus casitas con sus propias manos, hacía de esto ya años, en este barrio, con un sacrificado alcalde español, llamado Michel Azcueta y nacionalizado peruano, que no se parecía a ningún otro. Ninguno de ellos tenía títulos de propiedad, aunque, si eran verdad las palabras del alcalde, ya vendrían. Solían conversar en las noches, aunque la mujer de Collau, Gertrudis, una serranita de Ayacucho, madre de sus tres hijas, no acostumbraba participar en esas conversaciones. Salía a veces, los miraba muda y hosca, y volvía a meterse en su casa.

—Te voy a prestar cinco mil soles, hermano —le dijo su amigo Collau, incómodo, hurtándole los ojos y casi balbuciendo—. Para que escribas el libro que se te ha metido escribir sobre Lalo Molfino y las cosas del Perú. Para que

vayas a Chiclayo a averiguar más cosas sobre la vida de ese flaco. Escribe ese libro, mi hermano. Harás llorar a mucha gente, si lo cuentas como nos lo contaste anoche. ¿Viste que a tu mujer se le salían también las lágrimas? Y a mí, algo más raro, ya en la cama, porque no soy nada sentimental, compadre. Pero me eché a llorar, quién lo diría.»

TONI LAGARDE Y LALA SOLÓRZANO

«Toño estaba seguro que sus amigos eran la prueba evidente de que sus ideas eran correctas. En sus vidas el vals había causado una revolución que debía replicarse a lo largo y ancho de la sociedad peruana, unificándola, venciendo los prejuicios, los abismos sociales. Esa iba a ser la tesis central de su libro, les confesó Toño. Solía pensarse que era la religión, la lengua o las guerras las que iban constituyendo a un país, creando una sociedad, pero nunca a nadie se le había ocurrido que una canción, una música, hiciera las veces de la religión, de la lengua o de las batallas. Era la música, bastaba pensar un poco en ello para darse cuenta, la expresión artística que tenía el poder para borrar las diferencias y despertar la fraternidad, acaso el erotismo, entre personas diferentes. Toño los señalaba. Ahí estaba la prueba, frente a él, nada podía desmentir esa evidencia. El entusiasmo lo hacía perorar en voz alta, casi gritando. Gesticulaba con tanta energía que el asiento de madera en la que estaba sentado crujía como si se fuera romper.

Toni y Lala se miraban de reojo, algo sorprendidos por la vehemencia de su amigo. En un momento Toni se atrevió a decir que no todo era tan perfecto en sus vidas como parecía, pero Toño apretó las mandíbulas y lo corrigió en el acto.

—Nada de eso, amigo mío —dijo, negando con el dedo—. Ustedes son un ejemplo para mí y para el Perú entero.

Acabaron los chancays con mermelada de membrillo y Toño se despidió prometiéndoles una copia de su libro. “A dos almas que el vals juntó, ejemplo y orgullo de esta tierra mestiza, mi Perú”, diría la dedicatoria.»

EXTRACTO FINAL DE *LALO MOLFINO Y LA REVOLUCIÓN SILENCIOSA*

«¿Sería también éste el sueño de Lalo Molfino? Seguramente Lalo había leído tan poco y era tan ignorante para todo lo que estaba más allá de la música que no habría pensado nunca en ello. Pero intuitivamente, con ese sexto sentido que sólo tienen los grandes creadores, los demiurgos que inventan eras, épocas, periodos históricos, no me cabe duda alguna de que alumbró el mismo ideal, la misma visión de aquello en lo que se convertiría su país.

¿Podía la música criolla imprimir ese rumbo histórico? ¿Hacer del Perú, de nuevo, como en el pasado, un país importante, productor de riquezas y de ideas, de historias y de músicas que llegaran a todo el resto del continente, que traspasaran los mares, que leyeran,

cantaran y bailaran hombres y mujeres de todo el mundo? ¿Por qué no? El tango lo había conseguido, con Gardel y tantos músicos que ahora son famosos. Si el Perú abandonara su mentalidad de pura supervivencia y se convirtiera en un país próspero gracias a su música, acaso iría cambiando también su situación dentro del panorama mundial, logrando infiltrarse dentro de ese grupito de países donde todo se decide, la paz y la guerra, las grandes catástrofes o las alegrías que de tanto en tanto vienen a hacer felices a la gente. Es seguro que yo no lo veré, pero la vida y obra de Lalo Molfino, acompañada de las ideas que aquí han sido consignadas, contribuirán a que así sea. Como los *Siete Ensayos* de Mariátegui, o la poesía de César Vallejo, o las tradiciones de Ricardo Palma, este libro que sujetas, lector, en tus manos de peruano amigo, será el punto de arranque de una verdadera revolución que sacara a nuestro país de su pobreza y su tristeza y lo convertirá de nuevo en un país pujante, creativo y verdaderamente igualitario, sin las enormes diferencias que hoy día lo agobian y hundén. Que así sea.»

EL DOCTOR QUISPE

«—Habla de él en pasado, lo cual me indica que ya murió —reflexionó el doctor Quispe—. Cuénteme, ¿cómo era su relación con él?

Toño se vio a sí mismo delante del féretro de su padre, extrañando a su madre, que había muerto quince o dieciséis años antes, y sintiéndose más solo que

nunca en su vida. Lamentaba no haberse llevado mejor con él. Le hubiera hecho muchas preguntas que ahora lo dejaban en la luna. Cómo había conocido a su madre, por ejemplo, que nunca le hacía escenas de celos y que, a todas luces, se había casado con él sólo porque era italiano y buen mozo. Sabía que a su padre el éxito de su libro le habría importado muy poco. Esas cosas no lo impresionaban, salvo que se tradujeran en dinero. Toño recordaba que a un inspector de los ferrocarriles, compañero de su padre, lo habían ascendido de pronto, por contactos, a las oficinas de la compañía, con un importante sueldo, y varias semanas estuvo hablando de él con envidia y admiración. Por eso, cuando decidió entrar a San Marcos y escoger la profesión más desafortunada —cultura peruana—, a frecuentar las peñas y las tertulias para conocer y escribir sobre los cantantes y músicos que aparecían en esos programas de radio, su padre entró en cólera. Lo siguió una noche hasta Bajo el Puente, a una peña, creyendo que lo encontraría borracho y perdido, tocando una guitarra o, peor, golpeando un cajón o una quijada de burro. En realidad lo sorprendió tomando notas en uno de sus cuadernos, muy atento, lo cual no impidió que le armara un escándalo por desperdiciar su tiempo y esfuerzo en un oficio de bohemios muertos de hambre, y para colmo de una huachafería insostenible.

—Buena buenísima —dijo Toño Azpilcueta, como saliendo de un trance y poniéndose de pie—. Pero no vine a hablar de eso. La receta, doctor, deme la receta y no le hago perder más tiempo.

—¿Lo mismo hacía con su padre? —preguntó el doctor Quispe, descruzando las piernas e inclinándose sobre su escritorio para mirarlo fijamente—. ¿Evadirlo? ¿Huir para no confrontarlo?

—No estoy huyendo ni evadiendo nada —se molestó Toño, que seguía de pie y empezaba a dar pasos en una dirección y en otra—. Ocurre que a usted no le da la gana oír lo que digo.

—Siéntese, Toño, se lo ruego. Sé que quiere unas pastillas y se las daré. Pero, primero, cuénteme, ¿su madre también evitaba confrontar a su padre?

—¿Qué tiene que ver mi mamacita ahora con todo esto? —se desesperó Toño.

Se volvió a sentar e, inmediatamente, sin que pudiera evitarlo, volvió a su mente la imagen de su madre. Había muerto cuando Toño apenas era un chiquillo, pero aún así recordó con claridad cómo le fomentaba el amor a la música criolla. A veces escuchaban juntos los programas en la radio que presentaban artistas famosos. Toño podía evocar aún los nombres de todos esos músicos. Se echaba en los brazos de su madre y la oía susurrar valsecitos, también huainitos y marineras. Durante esos instantes se fundía con su madre, sentía que era parte de algo más grande, algo que lo protegía de las cóleras frías de su padre.

—Me pregunto si esa obsesión, esa fobia que le producen las ratas, no tendrá que ver con el miedo que sintió de pequeño hacia algo —explicó el doctor Quispe, entonando con suavidad, volviendo a cuidar cada palabra.

—Perdóneme lo que le voy a decir, doctor, antes que nada las buenas mane-

ras, lo sé, pero no me deja alternativa: lo que usted me dice es una soberana cojudez —dijo Toño Azpilcueta, enrojeciendo de la rabia.

—No se lo tome así, Toño, sólo hago mi trabajo.

—Yo no vine a que usted se metiera en mi cabeza ni a que jugara con mis recuerdos —levantó la voz Toño—. No le he dado permiso. No lo necesito y no me gusta.»

LOCURA

«—No tiene sentido recurrir a sainetes como este para ocultar la verdad de lo que está ocurriendo —dijo Toño, con aire solemne y voz nasal-. ¿El sol con un dedo? ¿Quién puede tapanlo, distingos colegas... o mejor, excolegas? Lo que ha habido aquí no es un ejercicio de racionalidad económica, no. Todo eso ha sido un juego retórico, una cortina de humo detrás de la cual se esconde la verdad. ¿Y cuál es esa realidad? Usaré una sola palabra, que seguramente les sonará familiar a todos. ¡Complot! En mi amada universidad, pero no solamente aquí, en realidad en todo el Perú, hay una conspiración en mi contra. Con vergüenza he de decir que mis colegas... mis excolegas aquí presentes, no soportan que mis ideas triunfen en el país y en el extranjero. ¡Porque en Chile me leen, amigos! Y aquí han cautivado al lector docto y al profano. Más a este último, al hombre y a la mujer de provincias que de verdad sienten la música criolla y saben que de ella parte la solución para todos nuestros

problemas. La hostilidad de los intelectuales a mis ideas sólo puede significar una cosa. Quieren que el Perú siga dividido y enemistado, quieren que sigamos siendo unos desconocidos los unos para los otros. Y saben que mi fracaso es el fracaso de ese proyecto que traería la unión y la paz a los peruanos. Hay un nombre para los seres que prefieren la corrupción a la fraternidad. ¿Quieren saberlo? ¿Quieren que lo diga? ¡Ratas!...

—¡Profesor Azpilcueta! —lo interrumpió el Rector, golpeando con la palma de la mano su escritorio—. No le permito que insulte al claustro de profesores ni a la Universidad.

—¡Ratas! —volvió a gritar Toño.

—Se levanta la sesión —dijo el Rector, y hubo un murmullo que invadió el aula.

Los profesores se levantaron y caminaron buscando la salida, lanzándole miradas de reprobación a Toño, que seguía inmóvil, de pie, gritando lo mismo: ¡ratas!, ¡ratas! La diferencia es que ya no lo hacía con rabia y vehemencia, sino con la voz quebrada, asustadiza. Una profesora notó que tenía los ojos muy abiertos, como si hubiera sufrido una fuerte impresión por algo, y se le acercó a preguntarle si se encontraba bien. Entonces se dio cuenta que Toño, aunque ya no gritaba, seguía diciendo en voz baja lo mismo. Él, al sentir la presencia de la mujer, la sujetó del brazo. Fue la reacción de un naufrago que recibía un flotador en medio del mar. “Ratas, ratas, ratas”, le susurró, tembloroso. La profesora lo tomó del rostro, pero al comprobar que no lograba enfocar la mirada y que sus pupilas, dilatadas, no establecían contac-

to con ella, dio la voz de alarma. Entre varios profesores, incluido el Rector, que se encargó de dirigir la procesión entre los edificios de las facultades, llevaron en brazos a Toño a la enfermería de la Universidad. Una hora más tarde, mientras los estudiantes almorzaban en las cafeterías y Lima suspendía por un rato sus actividades, llegaba una ambulancia para llevárselo.»

CECILIA BARRAZA

«—Más bien dime tú que es verdad, que la música criolla no es sólo una forma de entretenimiento. Si no me retiré hace unos años fue porque te creí, porque me hiciste ver que mi música era mucho más

importante de lo que yo imaginaba. Ahora vuelvo a dudar. Dime que no lo haga, Toño, convénceme.

—¿Quién soy yo para decirte qué hacer? —dice Toño.

—Eres el autor de...

—Mi familia ha prosperado gracias a Matilde, gracias a que ella nunca se dejó embelesar por mis ideas ni por mis fantasías —dice Toño, resignado.

—¿Y eso es todo? ¿No hay nada más en tu vida aparte de la rutina y de contentar el estómago? —protesta Cecilia.

—Ya no me pica el cuerpo, ni me atormentan las ratas. No es poca cosa.

—Casi prefiero verte con la camisa remangada, rascándote como un poseído —reniega Cecilia—. ¿Qué importan las ratas, Toño? Que vuelvan, si con ellas vuelve tu entusiasmo por la música.»

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

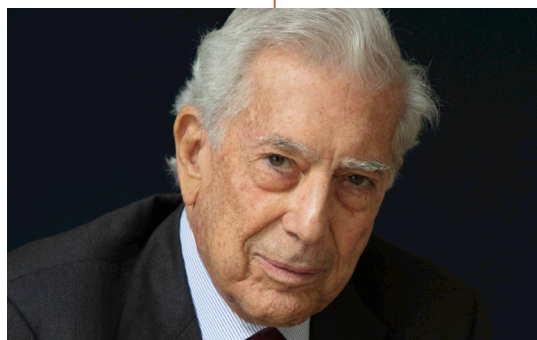
1. Esta novela plantea un asunto de enorme importancia: ¿qué nos une como sociedad? ¿Es la religión? ¿Es la lengua? ¿Es la raza? Se ha escrito mucho al respecto, pero aquí Toño propone algo nuevo: ¿Y si lo que nos une es la cultura nacional, la música típica, el folclor? ¿Qué pensáis al respecto?
2. El culto a lo propio lleva en ocasiones al nacionalismo, el político y el cultural, y la reacción de los nacionalistas como Toño es la desconfianza hacia lo extranjero. ¿Qué negociación hay que hacer entre lo propio y lo ajeno? ¿Hay que abrirse o cerrarse? ¿Debe primar la curiosidad por lo lejano o el amor por lo cercano?
3. ¿Creéis que la identidad de una nación pelagra cuando llegan influencias culturales extranjeras, o, al contrario, pensáis que la mezcla y el mestizaje enriquece la cultura? ¿Y lo mismo con la migración? ¿Enriquece a un país o le genera problemas?
4. Las ideas son el motor de las acciones, pero en ocasiones las ideas se desprenden de la realidad y se convierten en ficciones peligrosas, en fanatismo. Este es uno de los temas centrales de la obra literaria de Vargas Llosa. ¿Qué opinión os merecen las personas que defienden una idea contra cualquier desmentido de la realidad?
5. Y ¿qué opinión tenéis de la gente o de los políticos que no defienden ninguna idea, que no son idealistas y que por el contrario sólo se adaptan a las oportunidades y dicen cualquier cosa para ganar poder?
6. ¿Qué tipo de personalidad es más peligrosa, la del fanático que impone sus ideas a los demás, o la del relativista a quien todo le da lo mismo?

7. A Toño le cuesta una barbaridad enfrentar el conflicto y la contradicción. ¿Creéis que ese es un fenómeno común en nuestra sociedad? ¿Sabemos afrontar el conflicto con madurez y racionalidad? ¿Huimos de él? ¿Alucinamos, como Toño, como estrategia de defensa?
8. ¿Es preferible una sociedad como aquella con la que sueña Toño, en la que reina la armonía, el amor fraterno y el mismo sentimiento nacional? ¿O es preferible una sociedad que sepa manejar el conflicto y donde cada quien pueda expresar los sentimientos que quiera, sin necesidad de someterse al mismo clamor nacional?
9. Toño cree fervorosamente en el poder de la música. ¿Creéis que la literatura o el arte en general tiene efectos en la vida? ¿Cuáles?
10. ¿Por qué creéis que Cecilia Barraza defendía las ideas de Toño y al final lo anima a que siguiera escribiendo?
11. Uno de los temas centrales de la novela es la huachafería peruana. ¿Qué os parece esta forma de sensibilidad? ¿Conectasteis con los pasajes huachafos de la novela? ¿Os divertieron? ¿Os conmovieron? ¿Hay un equivalente en vuestro país?
12. A Toño lo obsesiona la idea de la totalidad, del absoluto. ¿Creéis que se puede conseguir la perfección en la política, en el arte, en el amor o en alguna esfera de la vida? ¿O creéis que es mejor ser realista y aspirar sólo a lo posible?
13. Cuando Toño tiene su crisis final, achaca la culpa de su fracaso y su ruina a los demás, a un complot de sus enemigos, a las ratas que quieren corromper su sueño de amor y de armonía. ¿Se parece esta reacción a la de los políticos que no asumen la responsabilidad de sus fallos y le echan la culpa a los poderes fácticos, al Estado profundo, a los medios de comunicación, a los empresarios vendepatrias?

14. Vargas Llosa ha explorado distintas formas de utopía, la política y la artística. ¿Pensáis que hay alguna diferencia entre tratar de alcanzar la perfección social y la perfección estética? ¿Creéis que Toño era más artista o más político?

15. En ocasiones se establece una diferencia muy marcada entre alta cultura y cultura popular. Pero en otras, como las obras de Vargas Llosa y García Márquez, la cultura popular invade novelas que luego son clasificadas como alta cultura. ¿Qué opinión os merece esa división entre lo culto y lo popular? ¿Preferís lo uno o lo otro? ¿O las dos? ¿Creéis que pueden mezclarse? ¿Puede una obra de arte ser, a la vez, popular y culta?

EL AUTOR

© Francesca Mantovani
© Editions Gallimard

MARIO VARGAS LLOSA Premio Nobel de Literatura 2010, nació en Arequipa, Perú, en 1936. Aunque había estrenado un drama en Piura y publicado un libro de relatos, *Los jefes*, Premio Leopoldo Alas, su carrera literaria cobró notoriedad con *La ciudad y los perros*, Premio Biblioteca Breve (1962) y Premio de la Crítica (1963). En 1965 apareció su segunda novela, *La casa verde*, Premio de la Crítica y Premio Rómulo Gallegos. Ha publicado piezas teatrales —*La señorita de Tacna*, *Kathie y el hipopótamo*, *La Chunga*, *El loco de los balcones*, *Ojos bonitos, cuadros feos*, *Las mil noches y una noche* y *Los cuentos de la peste*—, estudios y ensayos —*García Márquez: Historia de un deicidio*, *Carta de batalla por Tirant lo Blanc*, *La orgía perpetua*, *La utopía arcaica*, *La verdad de las mentiras*, *La tentación de lo imposible*, *El viaje a la ficción*, *La civilización del espectáculo*, *La llamada de la tribu* y *La mira-*

da quieta (de Pérez Galdós)—, memorias —*El pez en el agua*—, relatos —*Los cachorros*—, *Conversación en Princeton*, con Rubén Gallo, *Medio siglo con Borges*, *Dos soledades*, *Obra periodística I. El fuego de la imaginación*, *Un bárbaro en París: Textos sobre la cultura francesa* y, sobre todo, novelas: *Conversación en La Catedral*, *Pantaleón y las visitadoras*, *La tía Julia y el escribidor*, *La guerra del fin del mundo*, *Historia de Mayta*, *¿Quién mató a Palomino Molero?*, *El hablador*, *Elogio de la madrastra*, *Lituma en los Andes*, *Los cuadernos de don Rigoberto*, *La Fiesta del Chivo*, *El Paraíso en la otra esquina*, *Travesuras de la niña mala*, *El sueño del celta*, *El héroe discreto*, *Cinco Esquinas*, *Tiempos recios* y *Le dedico mi silencio*. Ha obtenido los más importantes galardones literarios, desde los ya mencionados hasta el Premio Cervantes, el Príncipe de Asturias, el PEN/Nabokov y el Grinzane Cavour.

